

EL CENTENARIO DE LA FACULTAD

DISCURSO DEL DECANO DE LA FACULTAD DE MEDICINA, DOCTOR ALBERTO HURTADO

Señor Presidente de la República.

Señores.

Señoras.

Hace exactamente cien años, en virtud del Decreto Supremo cuya lectura acabáis de escuchar, fue creada la Facultad de Medicina de la Universidad de Lima. Su evolución y funcionamiento durante este lapso secular han sido profundamente afectadas por los factores de orden social, político y económico que han caracterizado la agitada vida republicana de nuestro país. Su espíritu de depurada tradición hipocrática, fué, sin embargo, invariablemente mantenido gracias a la acción y los desvelos de los hombres ilustres que la dirigieron, de los maestros que le dedicaron sus nobles inquietudes docentes y de los centenares de jóvenes que en su vida estudiantil, y más tarde en el ejercicio profesional, supieron cumplir con abnegación, decoro y eficiencia los deberes que nuestra profesión exige. Que ellos recojan nuestra gratitud y nuestro homenaje en esta hora de solemne recordación. Podríamos evocar muchos nombres representativos de los ideales que han animado a esta Casa de Estudios y que han actuado como símbolo y ejemplo durante la centuria que hoy termina. Sin embargo, hemos de limitar necesariamente nuestro recuerdo, aunque no nuestra gratitud, a algunos de los penates del hogar fernandino. Unanue, el insigne precursor, de concepciones ecuménicas y a quien el ejercicio del magisterio sirvió para relevar sus insignes virtudes. Heredia, el fundador, cuyo recuerdo hoy especialmente reverenciamos, y Carrión, el



**El Presidente de la República, Dr. Manuel Prado
y el Decano de la Facultad de Medicina, Dr. Alberto Hurtado.**

heroico estudiante que pagó, generoso, el más alto precio por querer escrutar lo desconocido.

Llega nuestra Facultad a su edad centenaria en momentos en que graves problemas dificultan, en nuestro país como en todo el mundo, el cumplimiento de las funciones que le incumben, a saber, la transmisión y el progreso de los conocimientos médicos —o sea la enseñanza y la investigación— y la aplicación de los mismos en beneficio del hombre y de la sociedad. Son tan complejas y grandes estas dificultades que, sin exageración, puede decirse que el problema relacionado con la educación médica ocupa hoy lugar preferente entre los muchos que confronta la Medicina. Un breve análisis justifica esta afirmación. En los últimos cincuenta años el progreso alcanzado por las ciencias médicas ha trascendido las más optimistas expectativas. En buena parte, él se ha debido a los aportes de las ciencias auxiliares: Anatomía, Fisiología, Bacteriología, Química y, recientemente, la Física. Ellas han contribuido al mejor conocimiento de la estructura y función del cuerpo humano, así como al desarrollo de numerosas técnicas de investigación, diagnóstico y tratamiento, incorporadas algunas de ellas, en forma definitiva, a la práctica médica, tanto en su aspecto general como en los diversos campos de especialización. Simultáneamente, nuevas orientaciones han surgido para normar la acción del médico cerca del hombre enfermo. El paciente no es ya considerado como una entidad individual y aislada, sino en forma integral y en relación con su medio ambiente. Se acepta que su condición ocupacional, social y económica revierten en forma notable sobre las modalidades de la enfermedad y que la reacción psíquica ante el trauma es también factor de indiscutible importancia. Todo esto ha complicado la tarea de preparar al futuro profesional en sus años de estudiante, ya que es imposible que pueda asimilar, ni siquiera aproximadamente, el enorme volumen de conocimiento que hoy constituye la ciencia médica. Paradójicamente nos encontramos ante dos extremos. Por un lado, cada día penetramos más en el funcionamiento celular, en el conocimiento de moléculas y enzimas como base de nuestra comprensión de procesos tales como el crecimiento, la reproducción, la contracción muscular, los mecanismos de la infección y de la inmunidad y muchos otros. Por otra parte, tendemos a considerar al hombre integralmente y en función del medio ambiente en que vive, es decir, en relación con la sociedad, la cultura y la naturaleza. Para conocer el primer aspecto, requerimos del físico y del químico; y para com-

prender las influencias recíprocas que entre sí intercambian ser humano, sociedad y cultura, necesitamos los conocimientos que nos brindan la Psicología y las Ciencias Sociales. Los amplísimos horizontes que hoy irradian su luz sobre las ciencias médicas, exigen de los maestros la tarea de seleccionar sólo aquellos conocimientos básicos y fundamentales que debe asimilar el estudiante durante su carrera en la Facultad y preparar, más bien, su capacidad de discernimiento y de crítica para que más tarde, en el ejercicio de su profesión, pueda con éxito escoger y emplear lo que es necesario, conservando, sin embargo, su curiosidad y el espíritu creador que lo guía acertadamente en el recorrido de un camino cuyas características, inflexiones y dirección son frecuentemente alterados por el acelerado e incesante avance de los conocimientos.

Semejante tarea pedagógica no es fácil de ninguna manera. Demanda continuas revisiones del curriculum y exige también considerar que el problema de la educación médica es, en muchos aspectos, más pedagógico que médico. Si la Facultad se limitara únicamente a transmitir los conocimientos aceptados en un momento dado, muy pronto estaría el estudiante a la zaga de la ciencia. Más que los hechos y las teorías, importa fomentar en el alumno el desarrollo de sus facultades y de su pensamiento independiente y crítico. De aquí que la preparación que haya recibido durante sus primeros años universitarios sea decisiva para la calidad y los frutos que más tarde se obtengan. Por lo demás, el problema de la enseñanza universitaria es particularmente difícil en los períodos de transición y en países como el nuestro, en plena y saludable evolución social y económica y en los cuales la instrucción del niño y del adolescente ofrece marcados contrastes de adelanto y deficiencias.

El vigoroso avance científico de la Medicina ha hecho que esta pierda, en grado considerable, su vieja modalidad de arte. Mucho se ha debatido y se debate, sin llegar todavía a una conclusión definida, acerca del valor relativo de las ciencias y el arte en la práctica médica. Y en realidad nos parece ingenuo tratar de hallar una respuesta concreta. Mientras que el hombre retenga la casi infinita capacidad de variación que es característica de todo material biológico, la Medicina no puede ser una ciencia exacta.

La tarea de enseñar Medicina se ha complicado también con los cambios producidos en el escenario en que hoy actúa el médico. Pro-

longado notablemente el período natural de la vida humana, gracias al definitivo control de ciertos procesos infecciosos y a la menor recurrencia de otros de este carácter, y en virtud del sorprendente adelanto y mayor campo de acción de las técnicas quirúrgicas actuales, han surgido como problemas cotidianos las alteraciones degenerativas y malignas. Desgraciadamente la Medicina está lejos todavía de ofrecer a este respecto un auxilio totalmente satisfactorio. Por otro lado, los continuos conflictos espirituales motivados por la vida en una sociedad que aún no se ha recuperado de los desequilibrios producidos por grandes cataclismos bélicos, cuya repetición se teme, y que sufre de las consecuencias de un incesante y continuo choque de ideologías opositoras y de un afán, justo en principio pero no siempre mesurado, de alcanzar la satisfacción de premiosas necesidades, ha hecho aumentar, en forma notable, las alteraciones psíquicas. La neurosis es una enfermedad característica de nuestro tiempo, como la peste lo fué de la Edad Media. Además, el médico ya no circunscribe su acción al esfuerzo para restablecer la salud del hombre enfermo. No solamente la enfermedad, sino también la salud, es ahora el campo de trabajo de la Medicina. El cuidado del hombre sano no corresponde exclusivamente al profesional sanitario, es también actividad importante del médico clínico. En este aspecto, la Medicina Preventiva ha abandonado los viejos y estrechos moldes que la relacionaban únicamente con el cuidado de grandes masas de población. La aplicación de los principios que la rigen debe ser también parte del trabajo diario del médico que ejerce. Se funda esta afirmación en el hecho de que la salud y el bienestar no significan solamente ausencia de enfermedad. El médico debe cautelar también la felicidad de vivir, de gozar del respeto y el cariño de los semejantes; debe mantener al hombre hábil para que pueda cuidar afectuosamente a su familia, para que desarrolle un trabajo eficiente, para que se articule armónicamente con la vida social, la naturaleza y la cultura. Preservar al hombre sano contra las tensiones emocionales es deber primordial del médico en la hora actual. El ejercicio de la Medicina se ha extendido por tanto a todos los ámbitos de la vida: el cuerpo y el alma, la enfermedad y la salud, la sociedad y la persona. El sentimiento de la vida como plenitud y armonía, tan profundamente decisivo para determinar la normalidad mental y orgánica, es predominantemente individual en su desarrollo y características y, por tanto, no puede ser cautelado impersonalmente por una sanidad

estatal que base su acción sobre la multitud o la masa. Es más bien parte de la Medicina Preventiva que debe conocer y ejercer el médico en su relación personal con el hombre sano y enfermo y encuadra dentro de las elevadas funciones que le incumben en el seno de la sociedad.

La labor educativa de una Facultad de Medicina no puede tener como límite el otorgamiento del título profesional al término de una buena instrucción. El continuo aporte de nuevos conocimientos y la vertiginosa renovación de orientaciones y procedimientos, exige proporcionar al médico la oportunidad de adquirirlos mediante el establecimiento de cursos para graduados, los que eventualmente pueden conducir al conveniente control de la especialización.

La investigación es otra de las funciones fundamentales de toda institución universitaria y una escuela médica no puede substraerse al deber de llevarla a cabo. Es el medio por el cual cumple con su obligación de contribuir al progreso de los conocimientos. Mediante ella se infunde dinamismo y espíritu creador a la enseñanza, se despierta curiosidad en el estudiante y se lleva a su ánimo la evidencia germinativa de que el horizonte de lo desconocido es incomparablemente más vasto que el territorio del conocimiento actual. Pero la investigación no es fácil. Requiere una armoniosa relación con la labor educativa y la oportuna selección de quienes tempranamente muestran inclinación por ella. Demanda también una ayuda económica que va más allá de las posibilidades universitarias, pero que es indispensable obtener. No hay duda que las escuelas de medicina que se destacan por la eficiencia de la enseñanza que proporcionan, son aquellas en las cuales la investigación ha alcanzado un alto grado de desarrollo. En nuestro país, por sus variadas características ambientales, sociales y raciales, las oportunidades de contribuir en forma original al progreso de la ciencia médica, son múltiples. Tales contribuciones, aparte de su valor científico general, favorecen al mejor conocimiento de la solución de los problemas médicos sanitarios locales.

Señor Presidente:

En nombre de la Facultad de Medicina agradezco, muy sinceramente, vuestra presencia, que nos honra. Es grata esta oportunidad para expresar nuestro profundo reconocimiento por la valiosa ayuda que significa el acuerdo adoptado por el Fondo Nacional de Salud y Bienestar Social de proporcionar ayuda permanente a la educación médica. Esta medida refleja vuestro interés por el progreso de la Medicina, cuya base radica incuestionablemente en una eficiente preparación de quienes ejercen esta noble profesión. La ayuda económica de vuestro Gobierno nos permitirá cumplir mejor las difíciles tareas que nos competen y hará posible también el funcionamiento, tanto tiempo deseado en el país, de nuevas Facultades de Medicina. A estas hermanas, menores en edad pero gemelas en importancia, las saludamos con cordial afecto y desde ahora les ofrecemos el contingente de nuestra experiencia y los sentimientos de nuestra fraternidad.

Agradecemos también la presencia de tantos distinguidos representantes de los Poderes Públicos, universidades, instituciones estatales y privadas. Vuestra compañía en esta hora solemne de nuestra historia nos estimula a renovar la promesa que maestros, alumnos y egresados formulamos con enérgica fe: la promesa de que, con nuestro esfuerzo y con el auxilio de la Divina Providencia, llevaremos hacia realizaciones cada vez más promisorias a esta querida Casa, desde hoy centenaria, pero más joven y actual cuanto más antigua.